

BRUNHILDE POMSEL
THORE D. HANSEN

MI VIDA CON GOEBBELS

La historia de la secretaria de Goebbels:
lecciones para el presente



«¿Exageran quienes afirman que la historia
va camino de repetirse?»

THORE D. HANSEN

BRUNHILDE POMSEL
THORE D. HANSEN

MI VIDA CON GOEBBELS

La historia de la secretaria de Goebbels:
lecciones para el presente

«¿Exageran quienes afirman que la historia
va camino de repetirse?»

THORE D. HANSEN

BRUNHILDE POMSEL
THORE D. HANSEN

MI VIDA CON GOEBBELS

La historia de la secretaria de Goebbels:
lecciones para el presente

Traducción de
Alejandro Gibert Abós
y Franzisca Dinkelacker

ÍNDICE

Portadilla

Prefacio

1. «La política no nos interesaba»: una juventud berlinesa en los años treinta

2. «Hitler no era más que un hombre nuevo»: ingreso en la Reichsrundfunk

3. «Éramos en cierto modo la élite»: ascenso al Ministerio de Propaganda

4. «Fiel hasta el final»: los últimos días del Ministerio de Propaganda

5. «No sabíamos nada»: reclusión y nueva vida

6. «Yo no tuve la culpa»: conclusiones de una mujer centenaria

Epílogo. La historia de la secretaria de Goebbels: una lección para el presente

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Colofón

NOTA DEL AUTOR

La sección autobiográfica de este libro se basa en las conversaciones mantenidas con Brunhilde Pomsel a lo largo de 2013 y 2014, que fueron filmadas para un documental de Blackbox Films.

PREFACIO

Brunhilde Pomsel estuvo más cerca que la inmensa mayoría de sus coetáneos de uno de los criminales más grandes de la historia. Trabajó como taquígrafa y secretaria en el Ministerio de Propaganda alemán bajo la dirección de Joseph Goebbels. Poco después de que Adolf Hitler llegara al poder se afilió al Partido Nazi para asegurarse un puesto en la Reichsrundfunk, la radio oficial del Reich. En 1942 la trasladaron al Ministerio del Reich para la Ilustración Pública y Propaganda y allí permaneció, en la antesala del despacho del ministro, rodeada por la cúpula gubernamental del nacionalsocialismo, hasta la capitulación de Berlín en mayo de 1945. No abandonó su puesto ni siquiera en los últimos días de la guerra, cuando Hitler vivía en el búnker, mientras las tropas soviéticas avanzaban ya por las calles de Berlín, e incluso se ofreció para tejer la bandera de la capitulación oficial en lugar de aprovechar la ocasión para huir. Durante los siguientes setenta años guardó silencio.

En la película *Ein deutsches Leben* [Una vida alemana], los realizadores Christian Krönes, Olaf S. Müller, Roland Schrotthofer y Florian Weigensamer sentaron a Brunhilde Pomsel ante una cámara y le pidieron que les contara su vida. El resultado fue un documental en blanco y negro de impactante fotografía que presenta el relato de una vida tan extraña como fascinante. Este libro se basa en aquellos

recuerdos filmados en 2013 que el autor de este texto ha reordenado cronológicamente y corregido con esmero allí donde el lenguaje oral y la gramática lo requerían.

El relato de Brunhilde Pomsel comienza en Berlín, donde nació en 1911. Nos habla del estallido de la Primera Guerra Mundial y de su padre, un hombre parco en palabras que regresó ileso del frente ruso en 1918; nos habla de su infancia y de la estricta educación que recibió como la mayor y única chica de cinco hermanos, lo que la marcaría para toda la vida. Su padre era, al parecer, un hombre muy taciturno, y en su casa no se hablaba nunca de política. Brunhilde creció en uno de los barrios pudientes de Berlín. La familia se las arreglaba relativamente bien teniendo en cuenta que en la capital alemana, como en el resto del país, el grueso de la población malvivía en medio de una recesión económica atroz. Los disturbios se extendían por todo el territorio, los grupos armados comunistas y nacionalsocialistas se habían adueñado de las calles y los choques entre ambas facciones eran cada vez más violentos. Pero en el barrio residencial de Süden el conflicto apenas se percibía.

Desde la perspectiva actual, Brunhilde Pomsel piensa que su indiferencia hacia el movimiento nacionalsocialista fue decisiva para su carrera. A finales de 1932, Heinz, un amor pasajero de juventud, le presentó a un antiguo oficial de la Primera Guerra Mundial. Aquel encuentro sería determinante para la joven. El oficial no era otro que Wulf Bley, futuro reportero radiofónico y militante nazi de primera hora, que la adoptó como su protegida. Fue precisamente Bley quien, tras la victoria del Partido Nacionalsocialista en

marzo de 1933, retransmitió con gran pompa por la radio la procesión de antorchas liderada por la cúpula de la organización. Poco después de que Hitler tomara el poder, aquel escritor frustrado que era Bley le consiguió un trabajo en el Teatro Alemán, donde las obras de su mentor fracasaron estrepitosamente. Al final, su carné del Partido le procuró a Bley otro puesto oficial y entonces le pidió a Pomsel que se afiliara al Partido para poder contratarla como secretaria en la Reichsrundfunk. Para entonces la radio del Reich se había sometido ya a la purga de los nazis, que habían despedido e inhabilitado a todos sus directivos judíos.

Bley no duró mucho en su puesto, pero para Brunhilde Pomsel el encuentro fortuito con aquel hombre marcó el inicio de un ascenso que la llevaría hasta el mismísimo corazón del poder y daría lugar a una vida extraordinaria que solo se animaría a contar siendo ya una anciana centenaria.

Aunque muchas experiencias de los últimos setenta años le bailen en la memoria, Pomsel guarda todavía un recuerdo sumamente vívido de los sucesos y momentos decisivos de su juventud. Estos fragmentos de una existencia turbulenta, así como la forma en que trata de explicar sus experiencias en la radio y el Ministerio de Propaganda nazi, no están exentos de contradicciones. Una y otra vez su historia llega a un punto ciego en que nos oculta algo y que acaba admitiendo más adelante. Y es en este juego de ocultaciones y revelaciones donde radica el singular atractivo de su relato.

La historia de Brunhilde Pomsel no sirve para extraer nuevas conclusiones históricas, pero nos brinda el punto de vista veraz de una simpatizante nazi de la época y es, por

ende e inevitablemente, una advertencia para la sociedad actual. No cabe duda de que hoy, como entonces, nos encontramos en una encrucijada de difícil solución. La proliferación de tendencias antidemocráticas y el populismo de derechas suponen una grave amenaza para la cohesión social y el sistema democrático, y es una amenaza que está enraizada en el corazón mismo de la sociedad.

Desde el año 2015 menudean los estudios político-sociológicos que tratan de explicar cómo es posible que en Europa y Estados Unidos vuelva a ser admisible la defensa de idearios xenófobos y ultraderechistas, la discriminación de ciertos colectivos a los que se usa como chivos expiatorios y la anuencia con los ataques perpetrados contra minorías como los refugiados de guerra. Con la elección de Donald Trump como presidente de Estados Unidos se ha instalado en la cima del mundo un personaje que da alas a los populistas europeos: con sus ridículas consignas y sus simplistas recetas para un mundo cada vez más interrelacionado, Trump logró movilizar a millones de votantes en unas elecciones en las que la abstención superó el 40 por ciento.

En muchos países occidentales vuelven a reclamarse «liderazgos fuertes», una vieja apelación de infausto recuerdo que no ha levantado demasiadas protestas. ¿De veras es posible que el populismo y el fascismo vuelvan a servirse de esa masa silenciosa de partidarios y simpatizantes para demoler la democracia?

A Brunhilde Pomsel no le interesaba la política. Para ella, lo primero era el trabajo, su propia seguridad económica, el

sentido del deber hacia sus superiores y el deseo de formar parte de la élite. Su testimonio nos brinda un relato vívido e íntimo de esta evolución. Pero, en lo que atañe a los horribles crímenes del nacionalsocialismo, Pomsel se exime de toda culpa y niega cualquier implicación personal.

Pocas fueron las voces críticas o acusatorias que se dejaron oír tras el estreno del documental *Una vida alemana* en Israel y San Francisco. «Descubrámonos ante quien pueda afirmar con absoluta seguridad que no tuvo arte ni parte», escribía una corresponsal del *Frankfurter Rundschau*.

Porque, más que incitar a la condena de Brunhilde Pomsel, la película suscitó entre la mayor parte del público ciertas preguntas sobre los tiempos en que vivimos. ¿No estaremos asistiendo a una reedición de los oscuros años treinta? ¿Hasta qué punto se puede achacar el fortalecimiento de la nueva derecha a nuestros miedos, nuestra ignorancia y nuestra pasividad? Hace apenas unos decenios dábamos por hecho que el fascismo era un espectro del pasado, pero no es el caso, y el relato de Brunhilde Pomsel puede servir para quitarnos la venda de los ojos. En el documental, las descripciones —asombrosamente claras y serenas— que hace ella de su apacible vida cotidiana durante la guerra, de su ascenso laboral como «chica apolítica» y su distanciamiento emocional de la realidad son contrarias a las diversas citas de Goebbels: imágenes de montañas de cadáveres y espectros esqueléticos de judíos recién liberados de los campos de concentración, así como artículos de propaganda y otros documentos gráficos que muestran la verdadera cara del Tercer Reich en franco contraste con los recuerdos de Pomsel.

De sus vínculos con la realidad actual y las comparaciones inevitables que suscitaba la película surgió la idea de escribir este libro, que se propone hacer frente a este asunto y contrastar las experiencias de Pomsel con la evolución más reciente de la escena política. ¿Exageran quienes afirman que la historia va camino de repetirse? ¿O acaso tienen razón y la nueva ola de fascismo y autoritarismo que barre Occidente es ya imparable? La historia de Brunhilde Pomsel puede servir para advertirnos del peligro y también para recordarnos que actuar exclusivamente en nuestro propio beneficio puede cerrar nuestros ojos a las más graves injusticias sociales y políticas.

Para acercarse a la biografía de Brunhilde Pomsel al presente hay que preguntarse además hasta qué punto cabe responsabilizar a nuestras élites políticas de la propagación de nuevas tendencias radicales y estudiar en qué medida es posible trazar un paralelismo entre el presente y los años treinta del siglo pasado.

Los grandes desafíos de nuestro tiempo —la digitalización, las crisis financieras, los refugiados, el cambio climático, el marco social de un mundo interconectado y el consecuente miedo a la recesión y la infiltración extranjera— han llevado a ciertos segmentos de la población a replegarse en su esfera privada o a radicalizarse. A primera vista se diría que el mundo donde vivía Brunhilde Pomsel hace setenta años era completamente distinto del nuestro. En su relato va desgranando las sucesivas decisiones que trazaron su destino. Son decisiones que podrían parecer lógicas, sensatas, comprensibles, de modo que, a cierta altura del relato, cada uno de nosotros no puede evitar preguntarse si no

habría acabado también en la antesala del despacho de Joseph Goebbels, como quien dice, sin comerlo ni beberlo. ¿Qué porción de Brunhilde Pomsel se oculta en todos nosotros? O, como preguntaba provocativamente un periodista tras el estreno del documental, «¿quién no lleva dentro una pizca de Brunhilde Pomsel?».

Los millones de ciudadanos que, como Pomsel, no dejan de pensar en su carrera y en su propio bienestar, anteponiéndolos a las desigualdades sociales y la discriminación que los rodean, son el mejor caldo de cultivo para el autoritarismo y la manipulación política. Y son, por ende, más peligrosos que los radicales que constituyen el núcleo de votantes de la extrema derecha. Brunhilde Pomsel, no lo olvidemos, tuvo que ver cómo su país terminaba llevando al abismo a todo un continente.

Antes de que la historia se repita, el estudio de los paralelismos entre aquel pasado y este presente nos brinda la oportunidad de calibrar nuestra brújula moral y decidir si, en efecto, ha llegado el momento de rebelarnos y plantar cara a la radicalización. ¿Con qué frivolidad estamos dispuestos a manipular los instrumentos de medición moral que todos llevamos dentro? ¿A qué éxitos aparentes y a qué fines primitivos, banales, superficiales y cortoplacistas sacrificamos a diario esa medida moral interna? Son preguntas que la historia de Brunhilde Pomsel no alcanza a responder de forma válida y general. Las respuestas dependerán siempre de la disposición reflexiva de cada cual.

El populismo es un valor al alza en muchos países europeos y también en Estados Unidos, la mayor potencia del mundo. Los gobiernos de países centroeuropeos como Po-

lonia o Hungría ya han comenzado a dinamitar sus sistemas democráticos desde dentro. Y otro tanto ha sucedido en Turquía, donde las viejas nociones de Estado de Derecho o libertad de opinión han perdido toda validez y se suceden las purgas y las detenciones masivas de decenas de miles de presuntos críticos del sistema, señales paradigmáticas e insoslayables del nacimiento de una dictadura.

Tampoco podemos olvidar el triste espectáculo de Donald Trump, que ha llevado a cabo la campaña electoral más sucia de la historia estadounidense. Una campaña basada en mentiras y en consignas racistas, repleta de ataques a minorías e insultos a los inmigrantes y al *establishment*, y que terminó aupando al magnate inmobiliario a la presidencia de Estados Unidos.

La suya, y también otras voces estridentes europeas al alza, presagian una nueva era de autoritarismo que amenaza la libertad y la democracia desde su misma raíz. Con este telón de fondo, la historia de Brunhilde Pomsel puede servir de matriz emocional para plantear al lector una cuestión inaplazable como es la de su responsabilidad cívica en los procesos políticos, advertirle sobre los peligros que supone desentenderse del mundo y, en última instancia, determinar la postura que queremos adoptar como sociedad y como individuos.

Brunhilde Pomsel nos relata aquí su infancia, sus comienzos en el despacho de un abogado judío, su afiliación al Partido Nazi, su trabajo en la radio, su traslado al Ministerio de Propaganda, donde permaneció hasta el final de la guerra,

su posterior reclusión en un campo de concentración especial soviético y su puesta en libertad. A través de su biografía entrevemos también a su amiga judía Eva Löwenthal, que sobrevivió en Berlín como pudo, escribiendo folletines, hasta que en 1943 fue deportada a Auschwitz, donde fue asesinada.

El escaso interés por la política de gran parte de la sociedad alemana de entonces, aparejado a la progresiva pérdida de empatía y solidaridad, afloran en esta historia como una de las principales causas del ascenso del nazismo al poder. Y aunque el relato de Brunhilde Pomsel no esté exento de contradicciones, su historia nos brinda una perspectiva íntima y privilegiada ante la que cada cual llegará, inevitablemente, a discernir su propia postura. Como decía el escritor polaco Andrzej Stasiuk, «cuanto más miedo tengamos los votantes, más cobardes serán los dirigentes que elijamos, y esos gestores de nuestros miedos sacrificarán lo que haga falta por mantenerse en el poder: nuestro pueblo, nuestra tierra y el continente europeo entero».

¿Nos limitaremos a buscar refugio acobardados o les plantaremos cara?

1

«LA POLÍTICA NO NOS INTERESABA»: UNA JUVENTUD BERLINESA EN LOS AÑOS TREINTA

Los recuerdos de Brunhilde Pomsel comienzan de forma algo imprecisa con el estallido de la Primera Guerra Mundial, en agosto de 1914, cuando ella tenía tres años. Su madre recibió entonces un telegrama inesperado: su marido debía partir al frente con uno de los primeros contingentes de reclutas. La familia tuvo que ir precipitadamente en coche de caballos a la estación de Potsdam para despedir al padre, que al cabo de cuatro años de guerra, en noviembre de 1918, volvió a casa sano y salvo.

Mis recuerdos son muy importantes para mí. Me persiguen. No me dejan tranquila. Es verdad que hay nombres y hechos que se me han olvidado y que ni siquiera podría describir con palabras, pero el resto está ahí, fijado, como en un almanaque o una enciclopedia ilustrada. Me acuerdo de cuando era pequeña como si fuera ayer. Y sé también que a lo largo de mi vida he hecho feliz a mucha gente con mi sola presencia. Me gusta pensar en ello...

Cuando mi padre volvió de la guerra, recuerdo que le pre-